

La fuerza de dos mujeres

¡Te odio!, ¡Nadie te quiere!, ¡Siempre tienes la culpa de todo! Esas eran las frases que escuchaba Margarita todos los días por parte de su marido. Vivían junto a sus dos hijas, Nuria y Paula, en un pequeño pueblo de Soria de unos sesenta habitantes. Tras doce años de matrimonio, Margarita no aguantó más y decidió poner fin a esa angustiosa condena. A la mañana siguiente, fingió estar enferma para no ir a ayudar a su marido con las tareas del campo y así poder quedarse en casa. Preparó a sus hijas para ir al colegio y las acompañó hasta la parada del autobús. Ya de vuelta, entró en la casa de su prima Belén y le contó el problema que tenía. Todo empezó al nacer sus hijas; él siempre había querido un hijo varón, pero nunca llegó ya que Margarita tuvo problemas en el parto de su segunda hija y no pudo tener más. Su prima le aconsejó que fuera a hablar con un abogado, pero ella le comentó que no tenía dinero, porque su marido no le daba nada; era él el quien tenía todo bajo su mando. Belén le ofreció su dinero y su apoyo, rápidamente fue a por el coche y la llevó a Soria, puesto que Marga no tenía carnet. Consiguieron hablar con un abogado que le hizo todos los papeles necesarios para separarse. Y, para su suerte, en una semana estaba viviendo en Soria junto a sus dos hijas. Su prima se fue con ellas para ayudarla a buscar trabajo y le dejó su piso para que pudieran vivir. Marga encontró trabajo en una vieja pastelería y por las noches empezó a estudiar un grado en repostería y a sacarse el carnet. Mientras tanto, sus hijas continuaban sus estudios en la ciudad. Años más tarde, Margarita y Belén lograron abrir una pastelería con reparto a domicilio en su propia furgoneta. El negocio les va muy bien y se compran dos acogedoras casitas adosadas para seguir tan unidas como hasta ahora, cumpliendo así, su sueño de la infancia. Margarita no volvió a saber nada de su exmarido, ni volvió a pisar el pueblo en el que vivió, porque cada vez que recordaba su pasado, un escalofrío recorría su cuerpo. La pastelería resultó todo un éxito: tenían centenares de clientes todos los días y en un mismo año, abrieron otras dos más en la ciudad.